

tra casa? ¿he soñado que habia vuelto al lado de mi madre, que me iba á casar?

El Jején no contestaba.

—¡Por Dios! explicadme lo que me ha pasado—continuó Julia—porque siento que me vuelvo loca: ¿adónde está Paulita?

A esta pregunta él creyó que podia ya contestar.

—Pronto vendrá, señora, pronto vendrá.

—¿Pero yo he estado enferma? ¿he soñado? No puedo coordinar bien mis ideas, siento la cabeza muy pesada.

—Señora, aun no estais buena; creo que aun debeis dormir un poco mas mientras viene Paulita.

Julia no sabia cuál era la realidad; aunque habia despertado, el narcótico obraba aún sobre su cerebro; su voluntad de pensamiento no estaba aún expedita; pensaba, pero sin tener la energía suficiente para encaminar sus reflexiones al través de las peripecias de aquella noche.

Los acontecimientos del dia anterior los veia como al través de un sueño; pero estaban muy claros para ser solo un sueño, y muy confusos para ser una realidad.

Sentia la cabeza pesada y con un dolor vago que la abrumaba; creyó que habia tenido fiebre: no quiso fatigar su imaginacion, y con esa humildad infantil de los enfermos, exclamó:

—Decís bien; dormiré aún mientras viene Paulita; estoy muy débil.

Y reclinándose en el lecho, comenzó á hacer esfuerzos por dormirse nuevamente.

El Jején salió del aposento, y en la pieza siguiente encontró á Paulita que llegaba.

—Paulita —le dijo—¿cómo has tardado!

—¡Ay! ni sabes la mala noticia que traigo!

XV.

Las dos rivales.

EL Jején condujo á Julia hasta la casa de la calle del monasterio de Santo Domingo: durante el camino, el viento fresco de la noche y el movimiento comenzaron á hacer volver en sí á la jóven, de manera que al llegar á la casa estaba completamente despierta.

Contra lo que esperaba el Jején, la casa estaba abierta, pero no encontró en ella mas que á una mujer encargada por Pedro Juan de cuidarla; pero Paulita aun no habia llegado.

El Jején, fatigado, depositó su carga en una pieza interior que estaba dispuesta ya para recibir á Julia.

La jóven se sentó en el lecho y miró espantada á su alrededor; tan extraño era todo aquello, que le parecia estar soñando. Por fin, sus miradas se fijaron en el Jején, y le reconoció.

—¿Qué es esto?—exclamó—¿en dónde estoy? ¿es vues-

—¿Qué hay, pues?

—Que en el momento en que me disponía para venirme, han llegado á la casa soldados y gentes de justicia buscándote.

—¿A mí, Paulita? ¿y por qué?

—No sé qué decían de falta á las tropas del rey: yo les dije que no estabas en México; registraron la casa, y al fin se han ido prometiendo y jurando que te han de aprehender.

—Sabiendo que me buscan los desafío á que lo consigan.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Yo? pues primero ocultarme unos días, y luego veremos.

—¿Y por qué querías que yo viniese?

—Para este negocio—contestó el Jején, señalando la pieza en que estaba Julia;—he ganado esta noche un buen pico con el que podemos vivir un año, si un año duro en el escondite.

—¿Pues qué hay?—exclamó Paulita queriendo entrar.

—Espérate, voy á decirte lo que hay y lo que debes hacer, porque en este momento me voy á esconder; ¿entiendes? con los alguaciles poco y bueno. Ahí está una muchacha que me saqué de su casa por encargo de un caballero, contra la voluntad de ella; pero le dimos *polvos de dormir*, y así me la traje; él vendrá mañana temprano; tú cuida de que no se vaya á salir y espera mañana al sugeto.

—¿Pero ella quién es y cómo se llama?

—A todos los conoces, y ya verás qué sorpresa llevas.

—Pero dime.....

—El que mandó sacarme á la moza, es Don Pedro Juan de Borica, el marido de la señora tu conocida.

—¿Y ella quién es?

—Ya la verás; ya me voy: mañana en la noche te buscaré en casa, y si no estás, vendré aquí: me voy, que no quiero tener que ver con los golillas.

El Jején salió apresuradamente, y Paulita entró á ver quién era la jóven.

Julia estaba acostada y tenía el rostro vuelto hácia la pared; Paulita se acercó á ella, y como el aposento estaba bastante iluminado, la conoció al momento.

—¡Julia!—exclamó Paulita.

—¿Paulita?—contestó Julia incorporándose.

—Julia, ¿cómo es esto? ¿qué haceis aquí tan tranquila?

—Eso es lo que yo no comprendo; ¿pues qué no estoy aún en vuestra casa?

—No, Julia.

—¿Pues en dónde estoy? ¿qué casa es esta? ¿cómo he venido aquí?

—Yo no sé de quién es esta casa; pero habeis venido aquí para un delito que yo no permitiré que se consuma, aunque mi mismo marido tenga parte en él.

—¿Cómo? ¿qué decís? explicaos.

—Julia, anoche os han dado á beber unos polvos que os han hecho dormir un sueño como la muerte, y aprovechándose de vuestra situacion, os han sacado de vuestra casa para traeros aquí.

—¿Pero quién, Paulita?

—Don Pedro Juan, el marido de vuestra madre.

—¡Dios mio! ¿qué infamia! ¿y por qué?

—Vos debeis comprender, porque él está enamorado de vos, y así impide vuestro matrimonio y os tiene en su mano.

—¡Infame! infame! pero yo no consentiré: yo quiero que me lleveis inmediatamente á mi casa, porque quiero casarme mañana, porque creo que es el único medio de libertar-

me de las persecuciones de ese mónstruo; casada yo, perderia para siempre su esperanza.

Paulita pensó en aquel momento en Don Enrique; casada Julia, tambien él perderia para siempre su esperanza, y aquel pensamiento la iluminó en lo que le convenia hacer.

—Decís bien—exclamó;—volveteis á vuestra casa: levantaos, y yo os conduciré.

Julia se levantó vacilando.

—Animo—dijo Paulita;—mañana á esta hora estareis unida para siempre á Don Justo.

Entonces Julia fué la que pensó en Don Enrique, ó mas bien dicho, en Brazo-de-acero, que era el nombre con que le conocia.

—Paulita—dijo—es inmenso ese sacrificio; voy á separarme para siempre del hombre que amo, voy á olvidarle sin que él me haya dado motivo alguno para semejante ingratitud: Paulita, si mañana ese hombre se presentara delante de mí, yo me moriria de vergüenza y de dolor, porque ese hombre no solo me ama, sino que salvó mi vida y mi honor: ¿y paga con una ingratitud un corazon bien formado?

Estas palabras hicieron estremecer á Paulita; eran un reproche por lo que ella meditaba; le pareció que oia la voz de sus padres que le decian «ingrata,» y no pudo contenerse; Paulita estaba formada para el bien.

—Oid—exclamó repentinamente;—¿ese pirata de que me habeis hablado era mexicano?

—Sí; ¿pero á qué viene esa pregunta?

—¿Y era en su país noble y rico?

—El dijo á mi madre que era rico y noble como un monarca.

—¡Dios mio! Julia, creo que ese hombre ha llegado á México!

—¿Qué decís?—gritó Julia mirándola espantada.

—Sí, creo que está aquí..... y que es nada menos que el mismo Don Enrique Ruiz de Mendilueta, de quien os he hablado.

—Misericordia, Dios mio! ¿el hombre de quien estais apasionada?

—El mismo.

—Paulita, Dios no lo permitirá, porque seria yo capaz de aborreceros.

—Julia, ¿y creeis que no tenga yo tambien razon de odia-ros cuando vos me arrebatais al hombre que amé antes de que os conociera?

—Pero vos prescindisteis de su amor casándoos con otro.

—Porque yo no podia aspirar á la gloria de ser suya.

—Entonces debisteis de sacrificarle vuestra vida y adorarle siempre y no ser de otro.

—Julia, ¿y vos no vais á casaros ya?

—Por salvar la felicidad de mi madre; pero harto desgraciada soy.

—Y yo tambien, y yo tambien.

Las dos quedaron en profundo silencio; en aquellos dos corazones luchaban los celos, la desconfianza, el odio, el amor.

Cada una de aquellas dos mujeres no sabia qué hacer con la otra.

Julia admiraba la generosidad de Paulita al haberle dicho que su amante estaba en México.

Paulita pensaba que con esto hacia un servicio á Don Enrique.

De repente preguntó Paulita:

—¿Qué pensais hacer?

Julia, sin contestar, la miró con desconfianza.

—Respondedme, Julia, porque vos no comprendeis todavía lo que soy capaz de hacer.

Julia tomó estas palabras como una amenaza, y contestó irguiéndose y con un tono como de desafío:

—Y bien, ¿qué sois capaz de hacer?

—Julia—contestó Paulita pálida y con la voz trémula;

—Julia, soy capaz de todo lo bueno y de todo lo malo; en este momento Dios me tenga de su mano.

Julia se sonrió con altivez.

—¡Oh! por la salud de vuestra madre os suplico que no os burleis de mí; me siento capaz de mataros, porque me ahogan los celos, ó de matarme yo por no estorbar la dicha de Don Enrique y por no presenciársela.

—Haced lo que mejor os plazca.

Paulita, pálida y con el rostro desencajado como el de una loca, sacó de debajo de su cotilla un puñal que brilló con un resplandor siniestro. Julia dió un grito.

—Paulita se detuvo, y como si se hubiera efectuado un cambio rápido en su alma, lanzó el puñal lejos de sí y tomó convulsivamente á Julia de una mano, exclamando:

—¡Seguidme!

—¿Y adónde?—preguntó Julia.

—Os he dicho que soy capaz de todo lo bueno y de todo lo malo; en un momento de furor pensé en mataros; ahora voy á llevaros á la casa de Don Enrique á entregaros á él.

—Una dama como yo—dijo con altivez Julia—no va jamás á la casa de un hombre con quien tiene amores, y menos á la mitad de la noche.

—¿Es decir que vos que le amais desconfiais de él? ¿le

creéis capaz de faltar á una dama? ¡Oh! vos no le amais ó no le conocéis! Don Enrique es todo un caballero, y tan pura quedaria á su lado vuestra honra, como al lado de vuestra misma madre: Julia, vos no comprendeis la grandeza de su alma, no sois digna de amarle; yo le debo mi honra porque él la ha respetado, porque yo se la hubiera sacrificado contenta, ¿lo oís? porque yo sí le amo como merece, porque para mí no habia consideraciones sociales, ni altivez de dama, ni miramientos de honor, nada, nada; por él, todo, hasta la muerte; por él, todo, hasta mi honra.

—¡Paulita! me atormentais con ese amor!

—Que vos no comprendeis: mirad qué amor tan grande será, que sacrificio á ese amor su amor mismo, porque ya lo veis, no vacilo en llevaros á su misma presencia.

—Paulita, sois muy generosa.

—¿Me seguireis?

—¡Vamos!—exclamó Julia, sintiendo desaparecer su timidez ante aquella salvaje energía.

Y las dos salieron de la casa.

De repente, Julia se detuvo y dijo con vacilacion á Paulita:

—¿Y si no es él?

Paulita entonces vaciló á su vez.

—¿Y si no es él?—repitió.

—Sí; ¿quién nos asegura que sea el mismo? ¿sé yo acaso cómo se llama el hombre de quien os he hablado? ¿sabeis vos cómo se llamaba entre los cazadores el hombre de quien me hablais?

—En efecto, teneis razon; seria hasta ridículo que os presentárais con un hombre desconocido: ¿qué pensaria entonces Don Enrique de vos y de mí?

—Paulita, acompañadme á mi casa.

—Vamos.

Pocos momentos despues, en la casa de la señora Magdalena se oian terribles golpes dados en la puerta de la calle.

El primero que los escuchó fué Pedro Juan, que no habia podido dormir por la agitacion de lo que acababa de pasar.

El ex-desollador pensó que aquello tenia relacion con lo que habia hecho en la noche; quiso ser el primero en informarse, saltó de la cama y bajó á abrir antes que el portero pudiera hacerlo.

—¿Y qué direis á vuestra madre?—preguntó Paulita á Julia;—¿le descubrireis el crimen de su marido?

—Dios me iluminará para no darle este golpe.

La puerta se abrió en este momento, y Julia se entró diciendo á Paulita:

—Hasta mañana.

—Adios—contestó Paulita.

Pedro Juan habia bajado á abrir trayendo un candil, y Julia le reconoció inmediatamente.

—¡Sois un infame!—exclamó la jóven.

—¡Por Dios! no me descubrais!—contestó temblando Pedro Juan.

—No soy capaz de matar á mi madre; contadle que otra persona llamó; ¿nadie sabe que estaba fuera?

—Nadie.

—Pues cuidado vos de que no lo sepa.

Y Julia subió ligeramente la escalera y se dirigió á su cuarto; pero estaba cerrado.

La señora Magdalena salió de su aposento preguntando:

—¿Qué pasa?

—No lo sé, madre mia—contestó Julia;—yo tambien salí á ver qué pasaba.

—¿Aun estás vestida?

—Rezaba yo, madre mia.

Pedro Juan subia en estos momentos.

—¿Qué fué?—le preguntó la señora Magdalena.

—Una mujer borracha que se empeñaba en entrar.

—¿Se ha ido?

—Sí.

—Pues voyme á mi cama—y la señora Magdalena se retiró.

—¿La llave de aquí?—dijo Julia.

—Aquí está—contestó Pedro Juan entregándosela.

Julia entró á su aposento y se encerró por dentro.